

religiosas, y que cuando se conociera á esa señora de Chantal ya no se querría ninguna otra cosa?» Por todas partes, pues, tanto los buenos como los malos, empezaron á intrigar con el Cardenal de Retz para impedir la fundación. Todos los días se presentaban nuevas proposiciones, tan inaceptables unas como otras. Se permitía á las Hermanas establecerse en París, «con la condición de dar quince mil escudos para ayuda de otro establecimiento.» «No serían recibidas á menos que no consintiesen en gobernar á los Andriettes y á las Hijas de Santa Magdalena, que son las Arrepentidas (1).» «Si no aceptáis estas condiciones—decía un religioso,—es preciso marcharse.—Y bien, Padre mío—le contestó la Madre de Chantal,—nos iremos más bien que abrir brecha en nuestro Instituto. Hemos venido por obediencia, y por obediencia nos iremos.» Y esto lo decía con tanta humildad, que el religioso, enternecido al oírlo, la preguntó si había hecho voto de humildad. «Ojalá, Padre mío—le respondió sonriéndose,—que supiéramos practicar esta virtud como si fuera nuestro cuarto voto.» Esta borrasca duró como unas tres semanas, «después de la que—dice la Madre de Chantal,—volviendo el Cardenal de Retz de la corte, tomó papel y pluma, y escribió por sí mismo la autorización para establecernos en París, lo que un venerable religioso miró como milagro (2).»

El establecimiento se verificó al día siguiente, 1.º de Mayo de 1619. San Francisco de Sales presidió la ceremonia, predicó, estableció la clausura, y como no estaba sino de paso en París, encargó la dirección espiritual del monasterio al que todo París llamaba entonces el Sr. Vicente, y que la Iglesia y el mundo católico honran hoy con el célebre nombre de San Vicente de

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 157.

(2) Propias palabras de la Madre de Chantal.

Paúl. ¡Quién no admirará aquí las atenciones de la Providencia! ¡San Francisco de Sales iba á morir! No le quedaban más que tres años de vida, durante los cuales no le debía volver á ver la Madre de Chantal sino una sola vez, en los últimos días, de prisa, y sin poder abrirle su corazón. Y en el momento en que este guía tan dulce y tan sabio desaparece, le muestra con el dedo otro guía no menos dulce ni menos sabio, y se apaga, digámoslo así, al mostrársele. Así proporciona Dios los socorros á las necesidades; si llama á una sencilla mujer á la vocación más sublime, envía á sus ángeles en su ayuda, y les manda que la lleven en sus brazos.

A estas primeras tempestades se sucedieron muy pronto otras nuevas. Se empezaron á correr voces de que las Hermanas eran extraordinariamente ricas, y estos rumores, haciendo que se detuviesen las limosnas, pusieron el colmo á su pobreza, que era extremada. Todo les faltaba, aun lo más necesario. Para mayor desgracia, la peste se declaró en París, y no sólo la corte, sino casi todos los habitantes, excepto los pobres, salieron de allí. Esta gran ciudad parecía un desierto; la hierba crecía en las calles, y todas las personas que se habían interesado en la fundación se marcharon en su mayor parte, quedando sólo algunas, ocultas en sus casas. Solamente una señora muy piadosa, la presidenta Amelot, continuaba visitando á las Hermanas; pero cada vez que iba al locutorio salía con el corazón traspasado, y para consolarse iba á ver al Rdo. P. Binet, y le decía: «¡Ay! ¿qué va á ser de estas buenas siervas de Dios?—No tengáis cuidado, señora—la respondía este hombre de fe,—cuanto más humilladas veáis á las Hijas de Santa María, más las elevará Dios un día y las hará florecer.»

La peste cesó, pero sin disminuir la miseria del convento. La Madre de Chantal tenía que sentarse en

el suelo con sus Hijas, porque no tenían sillas; y en el invierno les era imposible tener leña, ni mantas durante las noches rigurosas de Diciembre y Enero. Como la casa era tan pequeña, muchas Hermanas tenían que dormir en los graneros, y se despertaban cubiertas de nieve en los haces de sarmientos que las servían de camas.

En circunstancias tan críticas, la Madre de Chantal recurría á Dios, su refugio constante. Todos los días, cuando se acercaba la hora de comer, iba á la iglesia, y puesta de rodillas rezaba un *Padre nuestro* para pedir al Padre de familias el pan cotidiano de que sus Hijas tenían necesidad. Así que llegaba algún socorro suspendía el *Padre nuestro*, diciendo á sus Hijas: «Que era una delicia no tener más que lo necesario, y esto poco y religioso; y que teniendo esto no se debía pedir la sobreabundancia, sino esperar lo que Dios gustase enviar.»

Mucho tiempo después, las Hermanas que tuvieron la dicha de soportar con la santa Madre de Chantal la pobreza y escasez de estos tiempos heroicos, aseguraban no haber pasado nunca días tan felices, por la grande y santa alegría de espíritu de la Madre de Chantal: «de suerte que por poco que tuviesen para vivir, vestir y acostarse, se tenían por dichosas.» Desasimiento admirable en jóvenes de alta clase, criadas hasta entonces con todas las delicadezas de una vida opulenta.

No era solamente el espíritu de pobreza, el valor y la alegría en la desnudez, lo que admiraba en la Madre de Chantal; practicaba otras muchas virtudes: el celo por la observancia de las reglas, la más rara humildad, el más puro amor. Un día, algunas Hermanas cometieron por distracción una ligera irreverencia delante del Santísimo Sacramento, y la Madre de Chantal, durante la comida, pidió perdón á Dios por las cul-

pables, les besó los pies y comió en el suelo. Otro día, habiéndose descuidado una Hermana en una pequeña observancia, la reprendió vivamente, le mandó tomar la disciplina, y la dijo que una religiosa que descuida la menor de sus reglas, ignora el valor de la sangre de Jesucristo. «Mirad, hija mía—decía un día á una de sus Hijas,—he tenido esta noche un pensamiento muy profundo. Yo me veía al borde del infierno, y con razón; porque ¿qué hago yo por Dios? Absolutamente nada.» El tono con que decía estas palabras es inexplicable.

Así como no hay almas á quien Dios predestine para mayores trabajos que á los fundadores de Ordenes, no hay otras tampoco á quienes forme con más amor y enriquezca con mayores dones naturales, ni con más virtudes amables y heroicas. Pero en cuanto es posible juzgar por el análisis de la vida de los diez ó doce personajes extraordinarios que tienen este título en la Iglesia, el rasgo que más caracteriza su fisonomía, el que la concluye y perfecciona, es el desasimiento que los libros santos llaman muerte de sí mismos. Escogidos para ser en manos de Dios sus instrumentos, no tienen ni deben tener más pretensiones ni más movimientos propios que los que tiene de suyo un instrumento. Cuanto menos cuentan consigo mismos, tanto más valen. En el momento que renuncian á sí mismos, y en la proporción en que renuncian, se apodera Dios de ellos, y encontrándolos flexibles, dóciles, prontos para todo, muertos á todo, hace en ellos y con ellos cosas grandes.

La venerable Madre de Chantal era una de estas criaturas privilegiadas; y así Dios, que la había aplicado durante muchos años á que adquiriese virtudes pequeñas, le inspiró de repente, en 1619, el deseo ardentísimo de poseer una virtud sólida. Era la segunda vez que sentía este impulso. Ya en 1616 durante la Semana Santa, había tenido un ardiente deseo de mo-

rir á todo, «de abandonarse, de consagrarse y sacrificarse entera é irrevocablemente á Dios, á fin de que hiciese de ella, en ella y por ella cuanto le agradase.» Habló de esto á San Francisco de Sales, y por su consejo escribió el Martes Santo un acto de abandono á Dios, por el cual juraba despojarse de todo, «no exceptuando ni reservando nada, sea lo que fuere,» y morir entera y absolutamente á sí misma.

Pero esto no era más que un prelude. En 1619, desde el 10 al 20 de Agosto, durante unos ejercicios, sintió de repente la necesidad de morir á sí misma, y de despojarse de todo, en un grado que jamás había conocido, y cuya primera vista la hizo estremecer. Escribió al instante á San Francisco de Sales, y con este motivo se cambiaron durante diez días entre los dos Santos las más hermosas cartas que escribieron en toda su vida: cartas elocuentes, valientes y llenas de un espíritu verdaderamente divino. Aquí es donde se debe estudiar la lengua que hablan los Santos, y hasta dónde puede llegar en ciertas almas generosas la muerte de sí mismas y el desasimiento de todo. «Dios mío, verdadero Padre mío—escribía la Santa,—¡qué adentro penetró la navaja! ¿Podré vivir mucho tiempo con este afecto? ¡Oh Jesús, Jesús mío, dignaos concederme la continuación de esta dicha!» Y prosigue: «¡Oh Dios, qué fácil nos es dejar lo que tenemos á nuestro alrededor! Pero dejar nuestra piel, nuestra carne, nuestros huesos y penetrar hasta el interior, hasta la medula, que es lo que hemos hecho, según me parece, es una cosa sumamente difícil é imposible á todo lo que no sea la gracia de Dios. A Él sólo, pues, es debida la gloria, la cual le sea dada, y para siempre jamás (1).»

Y San Francisco de Sales respondía: «¡Oh Jesús, y

(1) Véanse las cartas de San Francisco de Sales y de la Madre de Chantal, del 8, 9 y 10 de Agosto de 1619.

qué consuelos y qué bendiciones siente mi alma, sabiendo que la vuestra está enteramente desnuda delante de Dios!... El fin de la transfiguración, mi muy querida Madre, es no ver ya á Moisés ni á Elías, sino á Jesús. La gloria de la Esposa es estar á solas con su único Rey para decirle: *Mi amado es para mí, y yo soy para Él.* Es menester, pues, estar siempre despojada de todo, mi muy amada Madre.»

Y entrando con el entusiasmo propio de los Santos en este camino del desasimiento absoluto, y deseando establecer á la Madre de Chantal en la cima más elevada de la muerte de sí misma, añadía: «Mi muy amada Madre, decid desde hoy que renunciáis á todas las virtudes, no queriéndolas sino á medida y en el grado que Dios os las dé, y no queriendo tener cuidado de adquirir las, sino según sea su voluntad concedéros las. No penséis ya ni en la amistad ni en la unidad que Dios ha formado entre nosotros, ni en vuestros hijos, ni en vuestra alma y corazón, en fin, en cosa ninguna, porque todo lo habéis entregado á Dios!... ¡Oh, y qué contento está mi corazón viéndoos en este estado, tan digno de ser deseado! (1).»

Mientras que la venerable Madre de Chantal adelantaba así en este camino, en el que la veremos dar todavía más de un paso heroico, el monasterio de París se fundaba, y una porción de jóvenes deseaban entrar en él como novicias. Casi todas pertenecían á ilustres familias, y la mayor parte habían sido llamadas al claustro por vocaciones extraordinarias; pero entre todas—dicen las antiguas *Memorias*,—la que dió un consuelo sin igual á nuestra única Madre, la que fué su verdadera Hija de gozo y alegría, y la bendición del monasterio de París, fué nuestra respetable Hermana Elena Angélica L'Huilier, sacada de la vida del mundo y

(1) Carta del 9 y 10 de Agosto de 1619.

traída á la religión con cuerdas dulces de amor. «Elena Angélica era de una noble casa, joven, rica, muy estimada en el mundo y muy dada á la vanidad y regalo; y de enmedio de todas estas seducciones, y cuando todo la sonreía—según decía después,—la cogió Dios con tal dulzura, que no sintió su mano sino cuando ya estaba presa.» El instrumento de esta pesca milagrosa fué, como siempre, el Santo Obispo de Ginebra. Confesó á la señorita de L'Huillier, que quiso hacer con él una confesión general, y le habló del miedo terrible que le inspiraba el claustro. El Santo le dijo que esperase y que no se apresurase; que tuviese por cierto que él por su parte no pondría en la balanza ni un grano de arena para determinarla á elegir entre el mundo y la religión. Si se hubiese tirado más de la cuerda, la joven mundana hubiera tal vez resistido; pero ni aun se le ocurrió semejante idea, sintiéndose guiada por mano tan dulce.

Y mientras tanto, Dios trabajaba en su obra. Poco á poco, el amor á las verdaderas y sólidas virtudes, y el disgusto del mundo, iban penetrando en lo íntimo del corazón de Elena. La voz interior del celestial Esposo resonaba incesantemente en su oído. «Todo pasa; yo solo soy eterno; ¿por qué tanto regatear? Menester es ser mía, cueste lo que costare.» Para acallar esta voz quiso hacer un ensayo de la vida religiosa, y entró en el monasterio con el pretexto de hacer ejercicios. Pero apenas vió cerrarse las rejas, cuando las repugnancias más terribles se apoderaron de su corazón. ¡Siempre pobre, siempre humillada, siempre tratada como una niña!... ¡Ella, que poseía libertad, opulencia, consideración, estimación! Tres semanas pasó enferma sin salir de su cuarto, revolviendo en su mente la elección entre tres cruces sin resolverse por ninguna; la cruz del matrimonio la parecía un infierno para el espíritu, la cruz de la religión un purgatorio verdadero para los

sentidos, y la cruz inaceptable era quedarse soltera en el mundo.

El día de la Visitación fué á la capilla del monasterio para cumplir sus devociones, y al encaminarse á ella la Madre de Chantal, á quien acababa de dar los buenos días, le entregó una carta de San Francisco de Sales. La tomó latiéndola fuertemente el corazón, sin decir una sola palabra y decidida á obedecer por más que le costase. Entró en la capilla, abrió la carta y en un abrir y cerrar de ojos lo vió y aceptó todo. «Esto es hecho — dijo á la señora de Villeneuve, su hermana, que leía con ella, — seré religiosa y no saldré nunca de aquí.» Y la señora de Villeneuve, que hasta entonces se había opuesto mucho á este proyecto, penetrada del mismo movimiento de la gracia, «tenéis razón, hermana mía—le dijo,—si no sois religiosa no encontraréis nunca reposo.»

La misma tarde, inundada con las lágrimas de su padre, del que se había despedido con tiernos ósculos, se echaba á ojos cerrados en los brazos de la obediencia.

Esta decisión de la señorita de L'Huillier hizo mucho ruido en París. Se criticó mucho al Sr. de L'Huillier, y se le persuadió á que fuese á sacar á su hija. Lo hizo, en efecto, pero vencido de nuevo por la constancia y firmeza de su Elena, después de dos horas y media de conversación y de un diluvio de lágrimas, le permitió seguir la voz de Dios.

La vocación de la señorita de L'Huillier fué una de las gracias grandes que concedió Dios al monasterio de París. Le llevó además de una rica dote y la protección de una poderosa familia, una virtud y un talento que la hicieron ser una de las columnas del Instituto naciente.

Entretanto, la Madre de Chantal, que había recibido cuarenta y cinco mil libras de la dote de la señorita

de L'Huiller, resolvió dar los pasos más activos para alcanzar las patentes del Rey y buscar una casa, porque la que las Hermanas ocupaban estaba en medio de dos garitos, y día y noche se oía el alboroto de los jugadores. Por otra parte, era muy pequeña atendido el número siempre creciente de novicias. Se alcanzaron las patentes por el crédito del Sr. de L'Huiller, muy influente en el parlamento; pero para encontrar una casa hubo inmensas dificultades; todos los días recorría la Santa todo París y á cada viaje inútil se arrojaba á los pies de Nuestro Señor para quejarse amorosamente. «Dios mío—decía—¿adónde queréis que vivan vuestras esposas?» De cuantas casas visitó una sola era conveniente; era una casa del Sr. de Zamet, calle de San Antonio, pero costaba cuarenta y ocho mil libras, suma enorme para aquel tiempo, y parecía ser demasiado hermosa para un monasterio. No obstante, no encontrándose otra, se consultó á San Francisco de Sales, que contestó: «La casa de los señores Zamet me parece demasiado hermosa; no obstante, á falta de una bastante buena, es preciso contentarse con una demasiado buena.» Se compró, pues, en cuarenta y ocho mil libras que se pagaron con el dote de la señorita de L'Huiller, y la venerable Madre de Chantal dijo, después de firmar el contrato, que había dado á Dios por esta casa más lágrimas que piezas de plata al dueño. Se gastaron, además, doce mil libras para componerla y arreglarla para monasterio, y la comunidad entró en él á mediados del año 1621.

Todos estos hechos, la estancia de San Francisco de Sales en París, el largo tiempo que estuvo allí la venerable Madre de Chantal, la vocación de la señorita de L'Huiller y la fundación de un monasterio de la Visitación tuvieron en París un eco profundo y excitaron un vivo entusiasmo entre las personas piadosas. Sin cesar se encontraban entonces en los locutorios de la Visita-

ción los personajes más eminentes en virtud. San Vicente de Paúl, que había aceptado la dirección del monasterio con título de superior, el ilustre Cardenal de Berulle, que conocía hacia largo tiempo á la señora de Chantal, y el cual desde el año 1604 había predicho el alto grado de virtud á que había de llegar algún día, y que viniendo una vez al locutorio salió profundamente conmovido, y decía en alta voz: «La Madre de Chantal es un alma de las más amantes que tiene Dios sobre la tierra.» El Padre de Condren, cuya doctrina era tan sublime que el Cardenal de Berulle escribía de rodillas cuanto le oía decir, á quien San Vicente no dejaba nunca sin exclamar: «Ningún hombre habló jamás como éste,» y de quien después de una hora de conversación en el locutorio dijo la Madre de Chantal estas palabras, que ya hemos citado: «Si nuestro bienaventurado Padre es capaz de instruir á los hombres, el Padre Condren es capaz de instruir á los ángeles.» El Sr. Andrés Duval, célebre doctor y profesor de la Sorbona, cuyo don principal era llevar la paz á las almas turbadas, y que encargado de la dirección de San Vicente de Paúl, de la señora de Acaria y de una porción de almas santas, no llamaba á San Francisco de Sales y á la Madre de Chantal sino *las dos maravillas de nuestra época*; el señor de Gallemand, escogido por Dios para iluminar á la señora de Acaria sobre su vocación de Carmelita, y para ayudar á la señora de Sainte Beuve á reformar las Ursulinas, el cual habiendo encontrado á la señora de Chantal en Dijón, trató de llevarla al Carmelo, y que no venía nunca al locutorio de la Visitación sin confesar su error, acusándose de haber querido estorbar la obra de Dios, y lo hacía con tanta humildad que las torneras no le llamaban sino el humilde Sr. de Gallemand. El Sr. de Renty y la señora Condesa de San Pol, cuyo nombre, bolsa y corazón se encuentran mezclados en todas las buenas obras de esta época; el Comendador de Sillery, que